

Viajo hacia atrás en el tiempo cuando miro el firmamento estrellado de una noche sin luna: ¡Cuántas de esas luminarias pueden haberse extinguido ya, aunque todavía sean visibles desde la Tierra! Se encuentran tan lejos que las vemos tal como eran hace muchísimo tiempo. Cuando miro el cielo nocturno veo el pasado. La NASA detecta el estallido de una galaxia y resulta ser un hecho pretérito que contemplo en diferido desde mi propio presente. Nos deleitamos con el brillo de las estrellas lejanas, aunque su fulgor es antiguo. No hay tiempo real. Cuando me miro al espejo, aquel que veo reflejado soy yo, pero unos nanosegundos antes;¹ ese es el tiempo que la luz ha tardado en recorrer la distancia que me separa del espejo. ¡El famoso encuentro con un yo anterior! Reflexiono sobre lo longevo. En 2013 encontraron un bivalvo en Islandia que llevaba vivo 507 años. No vivió ni un año más, porque para poder hacer el cálculo tuvieron que matarlo. Estoy acostumbrado a multiplicar la edad de los perros por siete para ver su equivalencia humana pero, ¿por cuánto tendría que multiplicar la mía para encontrar mi equivalencia bivalva? Me dijeron que una mosca vive un día. Debe de ser un día intensísimo, toda una vida. Supongo que mi vida entera debe de ser un día de alguien que,

1 Un nanosegundo es la milmillonésima parte de un segundo.

desde luego, no tiene forma humana. Los humanos tenemos una esperanza de vida más o menos similar a la del águila real (donde sea que humanos y águilas puedan vivir en paz), unos ochenta años. Las tortugas nos sobreviven y se han encontrado esponjas en la Antártida que alcanzan los diez mil años. Levanto un vaso, brindo por el no-tiempo real y pienso en lo largo que puede parecer lo fugaz. La prueba está en mi mano. Para mis sentidos, estoy sosteniendo un sólido que contiene un líquido, pero si viviera tanto como una esponja de la Antártida podría ver cómo el vidrio se va derramando lentamente, porque se trata de un sólido que se trabaja a altas temperaturas para que se comporte como un líquido pero, en realidad, al enfriarlo bruscamente adquiere tal viscosidad que las moléculas que lo forman no vuelven a alcanzar jamás el estado sólido. Lo que está dentro del vaso y yo vamos más o menos a la misma velocidad. El vaso no, porque al igual que los vitrales de las catedrales, mostrará un mayor grosor en su base con el paso de los siglos. No hay tiempo real. Por lo que respecta al tiempo, todo acaba siendo también una cuestión de proporciones.

Por ejemplo, no hace mucho que recuperé mi afición a la radio de onda corta. Me fascina poder escuchar voces de los confines del planeta, idiomas que no conozco, músicas extrañas... pero cuando,

moviendo el dial, paso por una zona donde no hay ninguna emisora sintonizada, vuelve a asaltarme el pasado remoto: ese ruido en el altavoz que parece estar friéndose es la radiación de fondo del microondas. La radio ha captado lo que se conoce como el eco del *big bang*, la radiación que sigue expandiéndose por el universo desde la explosión primordial. Estoy escuchándola ahora, en mi casa, con la radio de onda corta. Es un concierto *noise* de hace trece mil millones de años. Concluyo que lo que está lejos, tarde o temprano, se acercará. Solo necesita tiempo. Ya no nos parecerá tan antiguo cuando nos alcance, me digo. Así acaban llegando hasta aquí los cometas y los aerolitos, viajeros extraviados que, cautivos de la poderosa masa de nuestro Sol, erran por el sistema hasta hacerse añicos.

Me levanto de la mesa. Ha estado bien meditar sobre estas cosas, pero tengo tareas inaplazables: barrer la casa y limpiarla bien, porque espero invitados a cenar. Con una escoba y una pala, empiezo mi labor, recogiendo el polvo del suelo. También tengo un paño húmedo para retirar el que se acumula sobre los muebles y los objetos. Procede en su mayor parte de la desintegración de meteoritos en la atmósfera y del roce con ella de las largas colas de los cometas. Son miles de millones de partículas resultantes del desmenuzamiento de esos objetos minerales que,

hasta topar con nuestra atmósfera, se movían por el espacio con la soledad del que nunca se detiene. ¡Y estoy recogéndolo con una escoba! El espacio exterior viene a ser como el solar enfrente de casa, el universo se mete en mi vida también en forma de polvo doméstico. Me paso la vida recogiendo sus restos, cosa que procuro hacer mientras sintonizo en la radio el eco de su estallido original. Lo más sorprendente de todo esto es que la aparición de la vida en el planeta puede deberse a las condritas carbonáceas, que constituyen la base de los meteoritos más comunes, que habrían transportado determinados materiales orgánicos, como nucleobases, y contribuido a la formación del ADN y el ARN. ¿Qué estoy barriendo? ¿El origen de la vida? Me apresuro a vaciar todo el polvo de la pala en una maceta del patio. ¡Quién sabe! En cualquier caso, hoy me siento tan próximo a todo aquello que a veces me parece tan lejano. Soy parte de un universo que es tiempo, y estoy obligado a establecer con él un diálogo al que tampoco puedo aportar demasiado, tal vez porque soy humano.

Mientras voy preparando la casa, decido poner un disco. He conservado mi colección de vinilos y me gusta escucharlos. Hace mucho tiempo concluí que la mejor inversión posible para un melómano es un buen tocadiscos. Pongo la aguja en el surco y suena *Blasé*, de Archie Shepp, una grabación realizada

en París en 1969. El registro sonoro de algo que sucedió hace cuarenta y siete años. La voz de Jeanne Lee vuelve a salmodiar las mismas frases con desdén cálido y amenazador... *You tilt my wound 'til it runs...* La grabación, realizada en directo en el estudio, recoge la reverberación natural de la sala y permite imaginar el espacio donde están tocando y contagiarse de la atmósfera del encuentro entre aquellos músicos extraordinarios. Y Jeanne Lee exclama *All of Ethiopia awaits you, my prodigal son!* mientras se me encoge un poquito el corazón. Estoy asistiendo a una grabación memorable realizada en el año 1969 por músicos afroamericanos en el Studio Davout de París. Muchos viajaron a Europa en aquellos años y el continente se abrió al *free jazz*, libérrimo y políticamente radical, marginado en su país a causa de una nefasta combinación de prejuicios artísticos y raciales.² Y su mensaje ha viajado en el tiempo. De hecho, está transcurriendo ahora mismo en mi casa.

² En 1968, los atletas estadounidenses Tommie Smith y John Carlos habían levantado el puño enguantado de negro, haciendo el saludo Black Power, en el podio de la Olimpiada de México. A su regreso a Estados Unidos los amenazaron de muerte. El *free jazz* también fue político, no solo por la revolución que supuso en el ámbito musical, sino por su compromiso con el movimiento estadounidense por los derechos civiles y la lucha por la igualdad de la población afroamericana. En 1969, Archie Shepp compuso *Poem for Malcolm* (Malcolm X, activista e intelectual asesinado en 1965). Esa lucha continúa, como fácilmente podemos conocer a través de los medios de comunicación. Puede que aquella música no.

Ese fragmento de tiempo forma parte de la historia; fue capturado, retenido, conservado mediante un procedimiento analógico: la grabación sonora. Y esto es posible gracias a la invención del fonógrafo, que ha tenido una trascendencia colosal, comparable a la de la imprenta.

Pero el fonógrafo no deja de ser un invento muy sencillo. Consiste en un cilindro que gira en torno a un eje. El cilindro está recubierto de un material lo bastante blando para que la acción de una aguja quede grabada en él, pero lo bastante duro para que el surco que deja la aguja permanezca: estaño, cera, parafina... Si hablamos dentro de una especie de campana acústica en cuyo extremo se encuentra la aguja que está en contacto con el cilindro y a este lo hacemos girar de forma constante, la aguja dejará grabado un surco irregular en la superficie del material blando: se trata de la impresión física de las vibraciones de la voz recogidas por la campana y transmitidas a la aguja. Para escuchar lo grabado, bastará con colocar la aguja en el surco y hacer girar el cilindro. La vibración que la aguja recogerá del surco se transmitirá a la campana y podremos oír de nuevo la voz. Ese es el fundamento del fonógrafo que ideó y fabricó Edison y cuya imagen *steampunk* hemos visto tantas veces: un rodillo con una manivela y un embudo de metal. Un aparato mecánico sumamente